

Leo el artículo que Mario Vargas Llosa ha publicado en estas mismas páginas sobre la situación de Cataluña y, aunque comparto bastantes cosas de su análisis, me queda un regusto amargo o, más exactamente, una inquietud de fondo ante la solución que preconiza en el título y en el párrafo final del texto: hay que salvar a Cataluña.

Nunca me han gustado los salvadores de patrias, sean del lado que sean, ni tampoco me han gustado las patrias a secas. En nombre de éstas —y más todavía en nombre de sus pretendidos salvadores— se han cometido tantas barbaridades y se han exaltado las trayectorias de tantos tiranos que en cuanto me hablan de salvadores y de patriotas se me encoge el alma. En nuestro país sabemos demasiado de esto.

La tesis de Vargas Llosa es que el nacionalismo catalán nos lleva a la catástrofe y por esto hay que derrotarlo. Pues bien, tampoco me gusta que una sola palabra —“nacionalismo” en este caso— abarque el conjunto de presuntos enemigos a derrotar y que otra, el “antinacionalismo”, agrupe el conjunto de las fuerzas que deben emprender la lucha contra aquéllos.

Le voy a poner tres ejemplos. El primero es que Heribert Barrera es ciertamente un veterano dirigente de un partido nacionalista, Esquerra Republicana de Catalunya, pero sus posiciones xenófobas han sido claramente repudiadas por la dirección de este partido y por las juventudes del mismo. Es más, su secretario general, Josep Lluís Carod Rovira, no sólo ha rechazado con fuerza las posiciones de Heribert Barrera, sino que le ha recordado que él, el propio secretario general, es hijo de emigrante y que la mayoría de los miembros de la dirección del partido también lo son.

El segundo ejemplo es igualmente ilustrativo. El PP de Cataluña —que se precia de ser un partido antinacionalista— ha aprobado las tesis de Marta Ferrusola y ha presentado una proposición en el Parlament de Catalunya en la que pide al presidente de la Generalitat medidas para promover la religión católica en la enseñanza pública y evitar así que esta confesión se vea

Vargas Llosa y la salvación de Cataluña

JORDI SOLÉ TURA

desplazada por la enseñanza de otras religiones. En su exposición de motivos, el PP catalán dice lo siguiente: “El Gobierno de la Generalitat debería velar para que la enseñanza de otras religiones, la demanda de las cuales no llega al 0,5% de los alumnos, no desplace la enseñanza de la católica”. Es más o menos lo que decía Ferrusola cuando anunciaba con pavor la sustitución de las iglesias románicas de Cataluña por las mezquitas.

Y el tercer ejemplo me llega cuando estaba redactando estas líneas: el Parlament de Catalunya ha rechazado por 68 votos frente a 66 la propuesta de plantear un recurso de inconstitucionalidad contra varios artículos de la Ley de Extranjería. Los 68 votos que lo han impedido co-

rresponden a los parlamentarios de Convergència i Unió y del PP.

En ésas estamos. Por esto creo que el problema que ha emergido en Cataluña con las explosivas declaraciones de Marta Ferrusola y de Heribert Barrera no es un ejemplo de confrontación entre nacionalistas y no nacionalistas, sino un caso de confrontación entre lo que en términos genéricos denominamos derecha e izquierda y que, en términos más claros, podemos llamar entre carcas, nacionalistas o no, y progresistas, nacionalistas o no, para usar una antigua terminología que tendremos que volver a utilizar a menudo.

El problema que hoy agarrota a Cataluña no es el de la inmigración, sino el del estancamiento político, que repercute muy

seriamente en el ámbito económico y en el cultural. Cataluña carece hoy de un verdadero gobierno porque el actual, formado por Convergència i Unió y apoyado por el PP, no está en condiciones de gobernar. Como es sabido, en las últimas elecciones autonómicas, el partido y el dirigente más votados fueron el PSC y Pasqual Maragall, pero por el juego de los escaños se impuso —por un solo escaño de diferencia en el Parlament— una alianza entre CiU y el PP. Esto ya había ocurrido en la legislatura anterior, pero en ella el PP necesitaba el voto de CiU en las Cortes Generales y se intercambiaban los cromos, pero ahora, después de las elecciones generales del año pasado, ya no lo necesita. El resultado es que Convergència i Unió depende

total y absolutamente del PP, que es quien le dicta los presupuestos y le da el sí o el no a sus peticiones. Es lo que el presidente Aznar y sus colaboradores denominan el control de los nacionalismos.

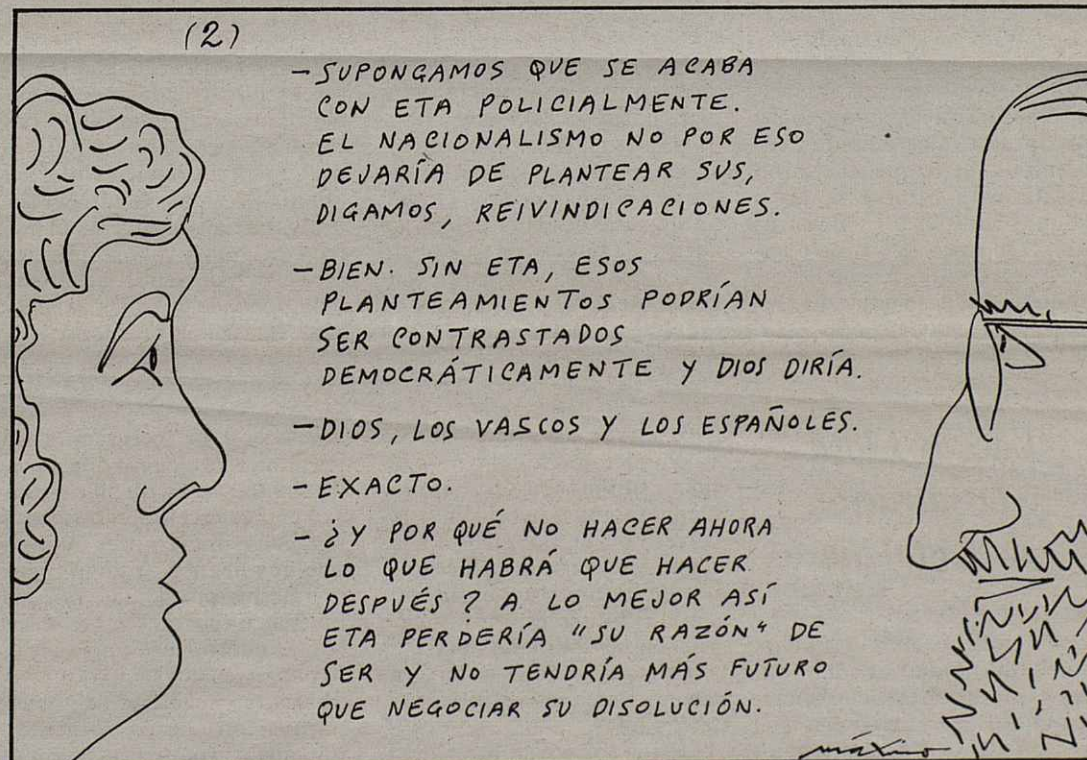
El resultado para Cataluña es un peligrosísimo estancamiento político que se manifiesta también en los demás terrenos. No hay más que recordar la absurda polémica sobre el AVE y el aeropuerto, que convierte al ministro Álvarez Cascos en una especie de cónsul que, por sí solo, decide lo que hay que hacer contra la opinión general de todos los sectores sociales de Cataluña. Este estancamiento repercute sobre las perspectivas económicas y, sobre todo, puede dejar a Cataluña disminuida, social y políticamente, ante los retos de la inminente expansión del espacio europeo.

Éste es, pues, el gran problema de la sociedad catalana y no el de la inmigración. Es cierto que en Cataluña hemos tenido ya brotes de xenofobia, como el de Terrassa. Pero no es menos cierto que no han llegado a la violencia de otros de fuera de Cataluña, como el de El Ejido, ni a tragedias como la de Lorca. Y es cierto también que hay sectores de la sociedad catalana que ven con disgusto la presencia de inmigrantes.

Pero esto no es nuevo. Cataluña ha sido a lo largo del siglo XX una tierra de inmigración y, en general, ha sabido integrarla. En las duras condiciones de la dictadura franquista tuvimos muchas y muy importantes discusiones sobre el papel de la inmigración en la lucha contra el franquismo y la recuperación de la autonomía. Y fue la izquierda clandestina, política y sindical, la que con gran lucidez planteó y resolvió el problema en sus justos términos, frente a los que expresaban reticencias y tendían a ver a los inmigrantes andaluces, murcianos, extremeños, leoneses, manchegos y demás como un invento de Franco para impedir el retorno de la autonomía catalana y para destruir nuestra lengua. Fue la izquierda la que dejó bien claro que la autonomía sólo se podría recuperar —como así fue— si los catalanes de origen y los catalanes de adopción se

Pasa a la página siguiente

MÁXIMO



CARTAS

AL DIRECTOR

marzo, además de surrealista, supe todos los límites imaginados de desprecio a sus más de 120 pasajeros. El vuelo estaba previsto para las 18.50 y se anun-

Después de casi cinco horas en un autobús, dando vueltas sin rumbo por las autovías del norte de Italia, bajando y subiendo muletas, vimos por primera vez a

día siguiente el comandante. Como Iberia, para encubrir sus retrasos, siempre se excusa en la niebla, pedí por escrito y verbalmente a los empleados de Iberia

monjas” y el machismo, y no se me ocurre nada.

Tampoco sé si el comentario era de colegio de monjas, pero de lo que vi pienso que la in-

Sobre mártires y rojos claudiados

ÁLVARO ESPINA

Este fin de semana, la Iglesia española beatificó a 233 mártires. La noticia nos devuelve a la época en que media España se sumergía periódicamente en sus orgías de recuerdos victoriosos y conmemoraciones macabras, mientras a la otra media se le helaba el corazón. Creíamos que el esfuerzo de reconciliación democrática realizado por el país con tan elevado grado de generosidad por ambas partes significaba arrinconar para siempre este tipo de ceremonias del recuerdo cainita. Tres papas habían considerado desde los tiempos de la guerra civil que lo menos que podía hacer la Iglesia romana por España, ya que no lo hizo entonces, era contribuir a apagar el rescoldo de odio que dejó en los corazones de muchas familias españolas uno de los episodios más tristes de la historia del siglo veinte.

Parece que los dirigentes de la Iglesia oficial consideran hoy que esto ya no es necesario y que tienen vía libre para desenterrar a sus muertos y para reivindicar la contribución de sus predecesores a la victoria de la España rebelde contra la España republicana y democrática. Allí ellos. La respuesta de los demócratas ante tamaña provocación no debiera transitar por la misma senda, sino reafirmarse en el clima de concordia y de perdón que hizo posible la transición y la convivencia en paz desde hace ya veinticinco años —y que sea por los siglos de los siglos—, actitud mucho más cristiana que la de la Iglesia oficial, que es compartida por la mayoría de los católicos de buena fe.

Traigo aquí dos testimonios para demostrar que, incluso en el clima de violencia tribal que se desencadenó en España tras

la sublevación armada del 18 de julio de 1936, hubo muchos españoles de uno y otro bando que no se dejaron arrastrar por el odio y la pasión y dieron ejemplos heroicos de humanismo. De muchos ejemplos como éstos, guardados en la memoria colectiva, se formó la más preciada herencia que recibimos los españoles de la transición. Ambos hechos ocurrieron en Orense, mi tierra natal, a la que José Ángel Valente llamaba *Augasquentes*.

El primero es un testimonio autobiográfico publicado por el propio poeta en sus *Cantigas de alén*. Valente tenía entonces siete años y había nacido en una familia "de bien y muy cristiana y de derechas y con un tío fraile". Por mucho que la España oficial se autodenominase invicta, al Valente niño todos los españoles de aquella época le daban la impresión de estar vencidos, aunque, naturalmente, a los que se denominaba rojos anduviesen "más descabalgados que los otros". Su padre llevó a Valente al monasterio de Oseira a visitar a algunos de estos rojos, claudados, cuya mirada se le quedó al niño clavada para siempre, como si de un trueque espiritual se tratase: "Quedaba uno sobrecogido y casi con deseos de llorar. Aunque suerte tenían aquellos rojos. Iban sobreviviendo. Esta-

ban allí. Otros no estaban. O nunca habían estado", nos dice Valente de sus claudados rojos de Oseira.

El padre del poeta era un hombre de derechas—"caballero de Santiago, o falanges de segunda línea"—, pero se había negado a salir con los camiones por la noche para llevar a los rojos "a las claudias", que es como en Orense se decía de asesinar a los del otro bando y dejar al amanecer las cunetas sembradas de cadáveres de enemigos políticos: "Un hombre muerto en la cuneta. Una mujer que llora. La nada. Pájaro de plata muerta", dice Valente en homenaje al poeta Luis Pimentel. Por negarse a participar en esta orgía de sangre, su padre había sido encarcelado: "... Nosotros lo íbamos a ver en su arresto y él callaba melancólico... Cuánta soledad en el aire. Cuánta en la tierra", nos recuerda el último Valente.

Un familiar mío muy querido convalecía estos días en un hospital tras una operación. Al visitarle llevé conmigo la antología póstuma de Valente *Anatomía de la palabra*—en la que se recoge la historia de los rojos de Oseira— porque el poeta dice que desde el balcón de la casa de Orense en que nació se veían las luces de Santa María de Melias, y yo sabía que mi familiar se había educado en

Melias hasta 1931, al cuidado de un tío suyo, párroco del lugar.

Resultó que la Melias de Valente (Santa María de) no era la Melias de mi familiar (San Miguel de). Ésta es parroquia mucho más importante, del Ayuntamiento de Coles, que tenía incluso estación de tren. Pero eso no impidió que yo le leyera el poema de corrido y que, en contrapartida, mi familiar me obsequiase con una historia simétrica a la que cuenta Valente, pero con los bandos cambiados. La refiero aquí tal como me la contó, sin cambiar tan siquiera los nombres de los protagonistas (por si alguien sabe qué pasó después).

El tío de mi familiar mantenía una especie de tertulia de curas en el jardín de la rectoral—que así se llama en Galicia a la casa donde viven los párrocos—, cuyo objeto aparente era rezar el breviario. A esta tertulia solían acudir, cuando estaban en Melias, otros dos curas, tío y sobrino, llamados ambos D. José Ribada, que desempeñaban su oficio en otras parroquias, pero eran naturales del lugar y allí vivía toda su familia. D. José Ribada, el sobrino, había pertenecido al Orfeón de Orense y tenía una hermosa voz de tenor que daba muy buen juego en las gallegadas. No así en los responsos, en

los que lucía más bien D. Antonio, un cura mayor, con voz de bajo, que cantaba en la catedral de Orense y también venía a la tertulia del tío.

Entre febrero y julio de 1936, aquellas reuniones de curas rezadores en la rectoral de Melias (San Miguel) debieron de resultar sospechosas para la gente de izquierdas de Orense, y rara era la semana que un grupo de manifestantes no se acercaba a Melias a increparlos. En el mes de julio, a punto de estallar el levantamiento militar, las amenazas subieron de tono y ya presagiaban lo peor: "Rezad, rezad, que falta os va a hacer y ya no os queda mucho tiempo", se oía gritar a los manifestantes.

La noche del 18 de julio llegó a Melias un grupo del Frente Popular con una lista y se llevó a los Ribada hacia el monte. Allí, entre blasfemias e insultos, la partida se dispuso a acabar con los dos curas. A uno de ellos, sin embargo, se le cruzó la mirada con la del joven Ribada y cayó en la cuenta de que se trataba del mismo tenor que años antes había cantado junto a él en el Orfeón de Orense. La mirada del cantor salvó a los Ribada: "Yo estas muertes no las hago; vosotros veréis", dijo, y se marchó. Su gesto aplacó los ánimos del resto de la partida: "Marchaos; echad monte abajo y volved a Melias", les dijeron a los Ribada.

Así pues, no todo fue martirio y claudicación. También hubo miradas humanistas que conservaron vidas y que helaron el corazón de los hijos de los vencedores. Y andando el tiempo, de ahí vendría la reconciliación.

Álvaro Espina es sociólogo.

Viene de la página anterior
unían contra la dictadura, si todos ellos unidos podían vincularse también al movimiento antifranquista en toda España y si las dos lenguas en vez de separarnos nos unían en una sociedad bilingüe. Esto es lo que se consiguió entonces, lo que fue asumido por otros sectores más reticentes y lo que ha perdurado con el concepto establecido en el art. 6 del Estatuto de Autonomía, que define como catalán a la persona que vive y trabaja en Cataluña.
El actual proceso inmigra-

Vargas Llosa y la salvación de Cataluña

torio puede ser más complejo, por la diversidad de identidades y por las diferencias sociales, culturales y religiosas que nos pueden llevar a situaciones de aislamiento de grupos, de confrontaciones entre ellos y de incomprensiones mutuas entre los nuevos catalanes y

los catalanes de origen. Pero si en condiciones mucho más difíciles supimos resolver el problema también lo podemos resolver hoy. Si, por ejemplo, las segundas y terceras generaciones de la inmigración interior son hoy bilingües, ¿por qué no pueden ser bilingües o trilingües las segundas y terceras generaciones de los inmigrantes de hoy?

Éstos son y van a ser algunos de los problemas de verdad de una sociedad como la catalana, que pasó de tres millones de habitantes a seis mi-

llones con la integración de los inmigrantes, pero que, posiblemente, se va a quedar estancada en su crecimiento futuro, por más inmigrantes nuevos que nos lleguen. Y digo algunos de los problemas, porque los más importantes van a ser los de nuestra presencia en la España y en la Europa futuras y nuestra capacidad de gobernarlos con nuevos dirigentes, que acaben de una vez con el estancamiento de una sociedad que no se merece a los tristes gobernantes actuales.

No sé si el admirado nove-

lista Mario Vargas Llosa incluye todo esto en su análisis del nacionalismo, pero, como puede comprobar, en Cataluña hay nacionalistas y no nacionalistas en ambos lados y no creo que ésta vaya a ser la gran pelea del futuro. Ni creo que Cataluña se vaya a salvar por la presión de un Gobierno como el del PP, que persigue nacionalismos en nombre de su propio nacionalismo centralista.

Jordi Solé Tura es senador del PSC-PSOE.